

VÍCTOR HUGO Y EL MAR

Antonio LINAGE CONDE
Correspondiente de la Real Academia de la Historia

Francia está conmemorando esplendorosamente el segundo centenario del nacimiento de Víctor Hugo. En lo que ello tiene de favor oficial, pueden jugar factores ajenos a la sustancia de su obra, pero no cabe duda de tenerlo merecido el personaje a fuer de gigante de las letras.

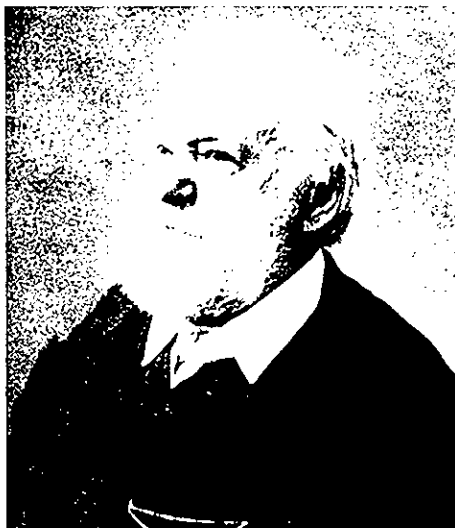
La ciudad y el océano



bien su aliento épico hasta la desmesura, ¿no hacía ineludible su encuentro con el mar? Desde luego. Pero su largo exilio durante el Segundo Imperio en la isla de Jersey le dio ocasión para elaborar tal inagotable argumento con más sosiego, entusiasmo, incluso, y conocimiento de la materia, sobre todo. Aunque desde un viaje marítimo a Bayona, llevado a cabo en circunstancias familiares penosas, el año 1843, del cual fue parte una estancia muy grata en Pasajes, al otro lado de la frontera, la inquietud oceánica le había captado. Un itinerario que por otra parte le recordaba el viaje a España en la primavera de 1811, para visitar, con su madre y sus hermanos, a su padre que entonces era gobernador militar del Madrid ocupado.

Balzac escribió de la ciudad de París que en ella cabía todo, por tanto, postulando su inagotabilidad también. Algo aparentemente irreal, pues aquella está circunscrita por un perímetro y es mensurable en las tres dimensiones. Sin embargo, desde el punto de vista del novelista, el entrecruzamiento de las situaciones y vivencias posibles dentro del mismo, y no sólo de las personas sino también de las cosas, variables además en el tiempo que se sucede en tal espacio, acaban dejando ver la promesa de una cierta infinitud. Por eso, además del mismo Balzac, Hugo (que era de Besançon), Zola (que era provenzal) y Galdós (que era canario), hicieron de París y de Madrid el escenario de sus novelas más densas. Así las cosas, ¿podía haber Hugo prescindido del océano en esa órbita? Aquí vamos a limitarnos a hacer algunas consideraciones en torno a su novela *Los trabajadores del mar*.

Este libro fue publicado simultáneamente en Bruselas y en París en 1866. El 14 de julio de 1859 se refirió por primera vez el autor a su proyecto, escribiendo a su hijo Carlos: «Quizá vaya a pasar algunos días a la isla de Serk a tomar notas para la novela futura». Y allí estuvo, efectivamente, del 26 de mayo al 10 de junio de ese mismo año, aunque la obra no fue escrita hasta los



Víctor Hugo.

años 1864 y 1865. Precisamente a su vuelta de Serk, Hugo corrigió las pruebas de *La leyenda de los siglos*, que salió inmediatamente, y entre otras cosas se puso pronto a terminar *Los miserables*.

Se ha escrito mucho por los críticos literarios a propósito de un defecto de construcción de la novela que nos ocupa, en la cual habrían sido yuxtapuestas materias ajenas a su argumento, de manera que aquélla no habría perdido nada de interés ni de mérito siendo amputada de dichas partes, al contrario. Ahora bien, eso podría un tanto decirse también de *Nuestra Señora de París* y, sobre todo, de *Los miserables*. ¿Y acaso no de *La montaña mágica*, de Thomas Mann? A ese reparo, sin negar su

fundamento, hay que apostillar la bondad del género novelesco para recibir afluentes de otros, caber en él todos y todo de una cierta manera, como todo cabe —en el sentido a que antes aludíamos—, en la gran ciudad y más aún en el mar. Claro está que hay capítulos que son digresiones, como los iniciales, que contienen un verdadero tratado geográfico, étnico e histórico sobre las islas del allí llamado archipiélago de La Mancha, un pequeño mundo anglofrancés, otrora diocesano del obispado normando de Coutances, tras la revocación del edicto de Nantes, asilo de hugonotes. Pero por más que el lector interesado exclusivamente en la novela estricta se las pueda saltar, no llegan a detrimento de ella. En todo caso se trata de un tema ajeno a nuestra meta aquí.

Una trama en un ambiente

El protagonista es Gilliatt, un isleño. Está enamorado desde lejos de Déruchette, la hija del patrón del Durande, un buque de vapor que comunica la isla de Guernesey con Saint-Malo. (A propósito del vapor, Hugo recoge las imprecaciones de un predicador protestante allí cuando la novedad se introdujo, de tratarse de una obra impía, en cuanto mezclaba dos elementos que Dios había separado, el fuego y el agua). Encallado aquél en unos peñascos —los Douvres, un «escollo-edificio» que se ha dicho—, dolosamente por su capitán, antes de llegar a la costa, en alta mar, Gilliatt se instala en tal soledad marina para reparar su máquina. El padre adoptivo de Déruchette le promete la mano

de ésta si tiene éxito en su titánica empresa. Pero una vez consumada ésta, se entera que está ella enamorada de un pastor anglicano, con el que se casa y marcha a Inglaterra, y Gilliatt, renunciando al cumplimiento de la promesa en cuestión, se sitúa en una roca a punto de quedar sumergida por el ascenso de la marea, anegándose en el océano justamente después de haber visto pasar el barco que llevaba de viaje de novios a la feliz pareja.

Pero, aparte el melodramático argumento y los caracteres —casos de abnegación pareja los hay por cierto en Galdós y en Dostoievski—, nos parece que el mensaje de la novela es ni más ni menos que la esencia de la relación entre el hombre y el mar. La tarea solitaria de Gilliatt habría sido más difícil y siempre peligrosa en cualquier caso. Pero le sobrevienen además unas circunstancias adicionales que elevan al paroxismo la inquietud de la intriga. El episodio más horripilante es su lucha con un pulpo.

La documentación del novelista fue exhaustiva. Tanto que a menudo resulta fatigosa la lectura a los desconocedores de la técnica de la época. Las muchas páginas en que ésta entra en juego parecen escritas por un profesional. Una erudición que desde luego es más naval que oceanográfica, cuya complejidad denota la extensión del progreso conquistado por la humanidad en su lucha por el dominio del elemento líquido del planeta, de lo cual vamos a ver un botón de muestra.

Una conexión castellana

El capítulo cuarto del libro tercero de la segunda parte se titula *Turba, turba*, y es una lección poética de la geografía de los vientos henchida de aliento cósmico. En ella leemos: «...los vientos que llevan la contraria a la rotación diurna, y hacen decir a Herrera: malo viento torna contra el sol». Se trata del cuellarano Antonio de Herrera, el cronista de Indias, autor de la monumental *Historia General de los hechos y descubrimientos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*. Esta obra había sido traducida al francés de 1650 a 1659. Pero Víctor Hugo pone la cita en español. De la obra de Herrera tenemos una buena edición reciente al cuidado del profesor, cuellarano como el autor, Mariano Cuesta.

Los editores de la obra para la colección tan prestigiosa de *La Pléiade*, Jacques Seebacher e Yves Gohin, consignan todas las variantes del texto y se extienden en largas explicaciones de los pasajes más difíciles, y digo los más difíciles porque apenas los hay fáciles. A propósito de esta cita española comentan: «Parece poco probable, pero no imposible, que Hugo leyera en el texto original la obra de Herrera». Naturalmente no se les podía pedir que se leyeran ellos los diez volúmenes de que consta sólo para verificar este detalle. Pero añaden, y eso nos interesa mucho: «Ahora bien, ¿sería de Herrera la frase citada? Pues es preocupante atribuir en otro libro de Hugo, *Las Tempes-*

tades, a los marinos ingleses, la opinión de que el viento que se vuelve contra el sol es un indicio de mal tiempo».

Así las cosas, parece que en la alternativa hay que inclinarse por la realidad de la cita de Herrera, que además se hace en su idioma, mientras que la achacada a los ingleses no precisa más, aparte no ser exactamente igual, de manera que ambas podrían ser verídicas. Que el novelista se acordara posteriormente del dicho de Herrera que antes había ya citado, sin caer en la cuenta de dónde lo había leído u oído ni de quién era su autor, es más que verosímil. Y también que entonces se lo atribuyera de una manera despreocupada a los ingleses sin más. En cambio, que se le ocurriese la atribución a Herrera, de no ser ésta cierta y haberle llegado por uno u otro conducto, no se concibe. De admitir esa hipótesis habría que achacar a Víctor Hugo una familiaridad con la obra herreriana que no nos consta ni ha dejado otras huellas.

El mensaje

Mas, volviendo a la sustancia del libro, es en esa intersección entre el mar y el océano donde está su clave. En la puesta en relación de esa inagotabilidad de los mares inmensos con el esfuerzo humano que ha acabado por determinar que éstos no sean del todo de la naturaleza, sino también en una buena medida suyos. Pues la reparación de la máquina dicha, con todas las circunstancias adversas, más allá de lo que habría cabido esperar, es una consecución que implica un canto al progreso mismo en la materia.

Traducimos las reflexiones del protagonista cuando, mientras se hace de noche, inmediatamente después de haber coronado su reparación de la máquina, se deja rendir por el sueño: «Entonces, ante el anonadamiento que daba toda aquella enormidad desconocida, ya incapaz de saber lo que se quería de él, enfrentado a la sombra, en presencia de esa oscuridad irreductible; entre el rumor de las aguas, de las olas, el oleaje, el marullo, la espuma, las ráfagas; bajo las nubes, bajo los vientos, bajo la vasta fuerza dispersa; sometido a aquel misterioso firmamento de alas, de astros y de tumbas; sometido a una presumible intención que se mezclaba con todas aquellas cosas desmesuradas, teniendo en torno a él y bajo él el océano y sobre él las constelaciones, bajo lo insondable, se eclipsó, renunció, se tendió todo a lo largo de la espalda sobre la roca, de cara a las estrellas, vencido, y juntando las manos ante la terrible profundidad, gritó al infinito: “¡Gracia! Rendido por la inmensidad, la rezó”. Estaba allí, solo en aquella noche, sobre esa roca, en medio del mar, derribado por el agotamiento, parecido a un hombre fulminado por el rayo, desnudo como el gladiador en el circo, con la única diferencia de que en vez de estar en el circo se abría ante él el abismo, las tinieblas en lugar de las bestias feroces, en vez de los ojos del pueblo la mirada de lo desconocido, en lugar de las vestales las estrellas, en vez del César Dios».